



Salesiana

CLASE MAGISTRAL

INICIO AÑO ACADÉMICO 2013

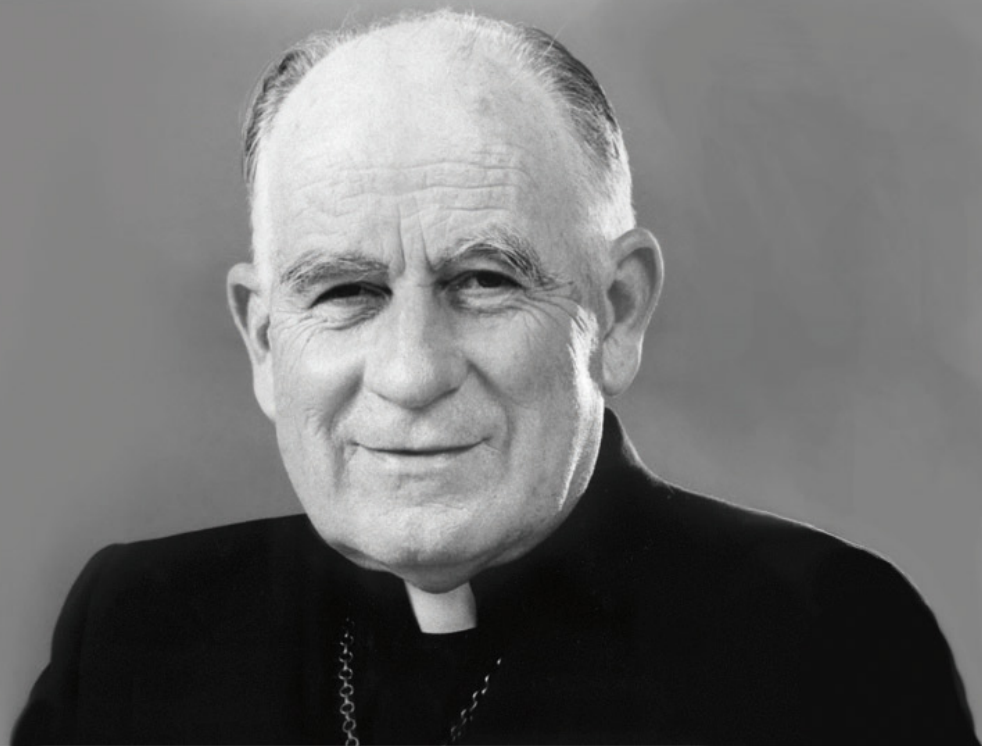
ECONOMÍA Y VALORES

“La doctrina social de la Iglesia parte de la persona como realidad básica y entiende el Bien Común no sólo como un conjunto de bienes, sino asimismo como la participación de dichos bienes. Además, el bien de la comunión constituye una parte integrante del concepto de Bien Común.

Conseguir estas dimensiones es una tarea que tiene un valor prioritario y que cada sociedad debe lograr históricamente mediante un proyecto social.”

Extracto del discurso “EMPRESARIO Y HOMBRE DE FE”
Congreso Mundial de UNIAPAC
Abidján, Costa de Marfil
3 de mayo de 1981

Cardenal Raúl Silva Henríquez
1907 - 1999



30 de abril de 2013, Salón Auditorium, Carmen 350, 2º piso.



DISCURSO INICIO AÑO ACADÉMICO

Rector Jorge Baeza Correa

Martes 30 de abril de 2013

Estimadas Amigas, Estimados Amigos:

En el mundo universitario es una antigua tradición dar inicio al año académico con una clase inaugural, que si bien siempre se ubica muy al inicio de las actividades formativas, no se convierte en la clase principal del año por el momento en que se dicta, sino que fundamentalmente por su temática y por su expositor o expositora.

Siempre el tema de la clase inaugural dice relación a un momento de la historia del país y/o del propio momento que vive la universidad. En este caso el tema seleccionado es economía y valores, tema que a su vez se enmarca dentro de la temática mayor del Bien Común. Del mismo modo, al igual que la temática elegida no queda al azar, el expositor que hemos invitado tampoco es al azar, es un académico que con su trabajo de investigación y su acción docente ha contribuido significativamente al país y a la formación de profesionales; pero más aún, con su testimonio ha buscado mostrar que lo que investiga y enseña tiene siempre un fin, buscar el bien que es común a todos. En este caso nuestro invitado es el Dr. Joseph Ramos.

1.- El bien común: nuestra preocupación

Chile, como muchos otros países, posee un modelo de desarrollo neoliberal; pero en este caso su adopción se produce en plena dictadura y su concreción ha sido llevada a niveles muy extremos. Un modelo que convirtió a Chile, principalmente desde mediados los '70 en un laboratorio de las ideas que luego fueron traspasadas a muchos otros países del mundo. Los resultados de este modelo, han traído al país una tasa de crecimiento promedio anual de más de un 5% y un PIB per cápita de US\$ 17.974 (según estimación 2012 del FMI), todo ello en el marco de un conjunto de tratados de libre comercio, que lleva a abarcar a 2/3 de la población mundial.

No obstante lo anterior, el estudio del Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD 2012, p. 17), señala respecto a Chile, que *"El país presenta muy buenas cifras macroeconómicas, con un crecimiento del 6%, muy superior al promedio mundial. La tasa de desempleo cae bajo el 7%, y se observan aumentos considerables en el nivel de inversión y emprendimiento (...). Sin embargo, estas cifras se acompañan de un malestar social que sorprende por la diversidad de sus aspiraciones y por su ubicuidad. En cada hecho social de protesta -desde los referidos a aspectos micro a los temas macrosociales- se advierte la estructura de una insatisfacción o un malestar con la sociedad. En la mayoría de ellos aparece como telón de fondo el fenómeno de la desigualdad"*.

Detrás de esta realidad, como indica la Conferencia Episcopal de Chile (2012), lo que se aprecia, es que *"Chile ha sido uno de los países donde se ha aplicado con mayor rigidez y ortodoxia un modelo de desarrollo excesivamente centrado en los aspectos*

económicos y en el lucro". Un modelo, además, que "ha privilegiado de manera descompensada la centralidad del mercado (...). La libertad económica ha sido más importante que la equidad y la igualdad. La competitividad ha sido más promovida que la solidaridad social..."

De aquí, que el modelo aplicado en Chile sea un modelo altamente cuestionado. Miles de ciudadanos, principalmente jóvenes, cuestionan las desigualdades que trae consigo este modelo. La inequidad del sistema genera diferencias sustantivas en las remuneraciones, en la atención de salud, en la calidad de las viviendas e infraestructura urbana; como también en aquello que es más notorio al mundo juvenil, las grandes diferencias en el sistema educacional.

Las palabras del Cardenal Silva Henríquez en este campo, en su Sueño de Chile, son proféticas: *"Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta"*.

A modo de ejemplo, si se considera el ingreso a la educación superior, claramente uno puede apreciar las desigualdades del sistema. Tomando como base los datos del estudio de la OCDE y Banco Mundial (2009) sobre las Políticas de Educación Superior en Chile y de la CASEN última, se puede apreciar lo siguiente:

- El promedio de los aranceles universitarios es el 30% del ingreso per cápita y es tres veces su costo más alto que en Estados Unidos, Australia o Japón. Se agrega además que los programas de apoyo financiero para los estudiantes se vinculan a los resultados PSU, lo cual no permite llegar a los sectores con más carencias financieras, ya que ellos obtienen bajos puntajes en esta prueba.
- Si bien las probabilidades de ingreso a la educación superior del quintil de ingreso más bajo se cuadruplicó, no deja de ser cierto que los estudiantes del 40% de las familias más ricas están sobre-representados en todos los tipos de educación superior en Chile. Ocupan el 70,2% de las vacantes de las universidades privadas y el 53,2% de las universidades del Consejo de Rectores, donde se ubican las universidades públicas.
- De acuerdo a la Encuesta de Caracterización Socioeconómica (CASEN 2009), mientras en el decil más pobre la tasa de asistencia a la educación superior es de un 19,1%, en el más rico es de 92,9%.

El modelo aplicado en Chile, es un modelo que implica una verdadera erosión de las instituciones de protección social. El Estado se ha desprendido de sus responsabilidades en educación, salud, vivienda y previsión, lo que ha traído consigo una profunda transformación de la sociedad. El entramado social se ha vuelto más frágil y el concepto de comunidad se ha resquebrajado. Hay un verdadero despliegue de la individualización, donde cada vez más las personas deben definir por sí mismas sus objetivos, valores y proyectos, lo que produce agobio y retracción social. Situación que hace en definitiva, difícil reconocerse en un "nosotros" común.

Pareciera ser -en palabras de Jesús Martín-Barbero (2004, p. 33)- que estaríamos atravesando como humanidad *"de una sociedad integral, en el sentido de que era una sociedad que buscaba integrar en ella al conjunto de la población, a todos, aún cuando fuera para explotarlos, pues eso significaba que les hacía trabajadores (...). [a un] nuevo modelo de sociedad de mercado neoliberal, que es la sociedad dual -de integrados y excluidos- en la que el mercado pone las lógicas, y mueve las claves de la conexión/desconexión, inclusión/exclusión, social"*.

Como Universidad, Universidad Católica y Salesiana, no podemos estar ajenos a esta realidad de un Chile que experimenta el vivir en un país con macro cifras económicas positivas y con un exitoso ingreso a los mercados internacionales; pero junto a ello, una vida cotidiana donde la gran mayoría de la población interactúa diariamente con instituciones sociales que los excluyen o les otorgan una mala atención, solo por poseer un bajo nivel de ingreso en sus remuneraciones.

Una sociedad en definitiva, donde el interés personal prima por sobre el interés común; donde el mayor beneficio particular interesa más que el beneficio general. Es en este contexto donde nace nuestra preocupación por el Bien Común.

Seguramente en más de una cátedra podremos discutir sobre la vigencia y evolución de este vocablo, pero lo que sigue siendo permanente, es lo que el Cardenal Silva Henríquez identificaba como un principio fundamental del quehacer de un cristiano: el *"cristiano es siempre aquel que busca, con honestidad y ahínco, el mayor bien común, porque cree y ama a Dios y está comprometido con su hermano"* (Discurso de 1981 a empresarios de todo el mundo reunidos en Abidjan en África).

El Bien Común, como sabemos tiene sus raíces en la antigua filosofía política y constituye una de las claves hermenéuticas en la lectura del Magisterio Social de la Iglesia Católica, ya que configura uno de los ejes principales en torno al cual se elabora y se formula el discurso de su pensamiento. En este sentido, el término bien común no es tan sólo un concepto, una idea, sino más bien una categoría, es decir, una afirmación sobre la cual se construyen otras aseveraciones (Informe Ethos 53 UAH, 2007).

León XIII en 1885, incluso antes de *Rerum Novarum* (de 1891), indicaba que *“no se puede permitir en modo alguno que la autoridad civil sirva al interés de uno o de pocos, porque está constituida para el bien común de todos”* (Encíclica *Immortale Dei*; Nº 2). Dentro de la tradición que ha recogido y relevado un conjunto importante de frases de Don Bosco (1815 – 1888), existe una fundamental que indica que *“Siempre se debe preferir el bien general al particular. Nuestro beneficio particular no debe tomarse en cuenta cuando se trata del bien común”*.

2.- Economía y Valores

Un aspecto fundamental de la búsqueda del Bien Común es la construcción de un desarrollo que no se limite al crecimiento económico. La carta Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI, del año 1967, indicaba a este respecto que *“el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre”* (Nº 14).

El crecimiento económico de un país no es sinónimo de desarrollo. No podemos *“medir al hombre –indicaba el Cardenal Silva en 1971- por lo que produce, y a absolutizar los valores y las relaciones de tipo económico, como si en ellos residiera el origen y la solución última de todos los males sociales. Por eso mismo, agregaba el Cardenal, una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive le somete. Muchos de esos problemas están falsamente planteados; se presentan en una perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global”* (Cardenal Silva Henríquez: *La universidad católica: su razón de ser. Intervención en el claustro pleno de la Universidad Católica de Chile, 3 de mayo de 1971*).

El tema no es rechazar el crecimiento económico, pero tampoco es aceptar el crecimiento económico como una premisa neutra e incuestionable, olvidando que en su seno está repleto de valores. De decisiones -en definitiva- que van en beneficio de unos pocos o que buscan el bien común que beneficia a la mayoría.

No cabe duda que la economía como disciplina tiene un importante contenido técnico. Sin embargo, sostiene el Profesor Joseph Ramos, no es éticamente aséptica como sugieren algunos. Por el contrario, la actividad económica, la política económica e incluso la teoría económica, están cruzadas por consideraciones valóricas. Existen un conjunto importante de interfaces entre economía y ética.

Cuando revestimos de neutralidad a nuestra profesión, podemos concordar con el Dr. Joseph Ramos, en el mejor de los casos pecamos de ingenuidad; pero en el peor de los casos, de un intento de encubrimiento. Cuando olvidamos lo valórico, agrega nuestro invitado, convertimos a nuestras disciplinas en profesiones arrogantes, que creen que nada tienen que conversar y aprender de otras disciplinas.

Nuestra Universidad tiene este año una tarea principal, actualizar su Modelo de Formación y luego de ello actualizar los currículum y rediseñar la docencia de acorde a los principios que se adopten en su Modelo. En esta importante tarea, debemos asumir desde un inicio que ningún proceso formativo es neutro; por lo tanto, la aparente ingenua expresión: *formar a un estudiante para que logre las competencias necesarias para la inserción en los mercados internacionales*, es formar sin interrogarse por un aspecto fundamental del proceso educativo: para qué educó. Es olvidar -en definitiva- que junto a la formación técnica es vital la formación valórica, ya que es ella la que hace de la profesión un servicio a los demás o una herramienta exclusiva para el beneficio personal. Es ella la que hace, además, del proceso formativo un ejercicio de reflexión y crítica, o simplemente un proceso que sólo prepara para sumarse a lo que existe y hacer más de lo mismo, para beneficio individual.

El Profesor Joseph Ramos, como he señalado al inicio, es un académico que con su trabajo de investigación y su acción docente ha contribuido significativamente al país y a la formación de profesionales; pero por sobre todo con su testimonio, ha buscado mostrar que lo que investiga y enseña tiene siempre un fin: el bien para todos. Quienes hemos sido sus alumnos, sabemos que sus clases se

inician anotando en la pizarra el contenido a tratar, como un menú, y se termina dicho menú con la sigla A.M.D.G a mayor gloria de Dios.

El Profesor Ramos es profesor titular de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile y fue su Decano entre el 2002 y 2006, elegido por el voto del 89% de sus miembros. Un experto internacional que se desempeñó por más de 10 años en la Organización Internacional del Trabajo y su programa regional de empleo para América Latina y el Caribe, con sede en Chile. Ha sido autor de textos que podríamos llamar *obligatorios* en las materias de desocupación y empleo. Une a los anteriores, además, un importante trabajo como Director de la Fundación Solidaria “Trabajo para un Hermano”, Director de la Fundación Educacional Barnechea, Director del Centro de Estudios Laborales Alberto Hurtado; y de otras múltiples iniciativas de servicio a los sectores más pobres de nuestro país.

Son precisamente estos compromisos, los que le han significado al Profesor Ramos, nacido en Estados Unidos, obtener la ciudadanía chilena por gracia; no por una solicitud personal, sino por que la nación chilena ha visto en su trabajo por el bien de los demás, un compromiso manifiesto por Chile.

En la moción para la nacionalización por gracia, que luego es otorgada mediante la Ley N° 19.836, del 8 de noviembre del 2002, se puede leer al respecto: *“Estimamos que una vida tan fructífera y abnegada, honra a nuestro país y hace seguimiento y respeto a tradiciones que tanto en el pasado como en la actualidad han distinguido con la nacionalización por Ley de especial gracia, a ciudadanos tan eminentes y que no se solicitan sino se otorgan”*.

Profesor Ramos, agradecemos su presencia esta mañana y escucharemos con atención sus palabras, sabiendo que ellas no solo vienen de su intelecto, sino que también de su testimonio y me permito decirlo, también de su oración...

Muchas gracias.

Bibliografía citada:

1. Conferencia Episcopal de Chile (2012) Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile. Carta pastoral del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, de fecha 27/09/2012
2. Martín-Barbero, J. (2004) Crisis identitaria y transformaciones de la subjetividad. En: Laverde, María Cristina, et al (editoras) Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas. Ed. Universidad Central DIUC – Siglo del Hombre Editores, Bogotá, Colombia; pp. 33 - 45.
3. OCDE & Banco Mundial (2009) La educación superior en Chile. Editado por Ministerio de Educación de Chile, Santiago, Chile.
4. PNUD (2012) Desarrollo Humano en Chile. Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Santiago, Chile



CLASE MAGISTRAL ECONOMÍA Y VALORES

Joseph Ramos Quiñones

Martes 30 de abril de 2013

Introducción

La economía moderna nace de la filosofía moral. De hecho, Adam Smith fue un filósofo moral. No obstante ello, la economía y la ética tienen una relación incómoda. La mayoría de pensadores sociales han tendido a mirar a la actividad económica con sospecha. A lo más como un mal menor. En efecto, se considera que la actividad económica no sólo va dirigida a satisfacer los apetitos menos nobles del ser humano sino que apela a las motivaciones más bajas: al provecho propio. Es un avance solo en comparación con la explotación que caracterizó las sociedades esclavistas y feudales. No es de extrañar, pues, que hasta épocas recientes se haya considerado la actividad económica como inapropiada para un caballero, tolerándose esta sólo como una necesidad.

Tal vez para liberarse de esta crítica, muchos economistas han insistido en distinguir la economía positiva de la normativa. La economía positiva o científica, la que caracteriza la teoría económica, pretende predecir el comportamiento económico, sin enjuiciar conductas. En cambio, es dominio de la economía normativa enjuiciar opciones de políticas según criterios éticos y normativos.

Pese a estas distinciones, es mi convicción profunda que los valores y la economía están entrañablemente relacionados, tanto en la teoría económica como en la política económica, así como, por cierto, en la actividad económica. Pretendo fundamentar esta convicción analizando los siguientes 6 interfaces principales entre la economía y los valores.

1er Interfaz: Desarrollo económico y bienestar

Es evidente que el bienestar de las personas es un concepto mucho más amplio que el simple bienestar material. En efecto, todos los estudios muestran que la felicidad del hombre depende principalmente de sus relaciones afectivas – con su pareja, sus hijos y sus amigos, así como de su autorrealización. No obstante, hasta cierto umbral mínimo material, lo económico importa mucho. Dicho de otra manera, lo material no será lo más importante en generar felicidad, pero la insuficiencia material sí puede generar infelicidad. De tal modo considero que el desarrollo económico y la eliminación de la pobreza es tal vez la manera privilegiada para amar al prójimo en nuestra generación en Chile y el resto de América Latina. Por eso el trabajar por el desarrollo económico, sea en el diseño de buenas políticas sea en la gestión de empresas cada vez más eficientes y generadoras de empleos más productivos, es una causa noble.

Sin embargo, es pecar en la otra dirección el creer que el desarrollo es igual al nivel de PIB per cápita de un país. Tal vez el mejor indicador único de bienestar sea el PIB per cápita, pero este por sí solo es muy incompleto. Por ejemplo, dos países con PIB/cápitas iguales, pueden tener esperanzas de vida y niveles de salud muy diferentes. De ahí que el PIB/cápita a solas sería una mala medición del nivel real de bienestar de esos dos países.

De igual modo, toda familia está consciente que al tener más hijos desciende el nivel de ingreso medio por persona. Pero ¿es realmente mayor el bienestar de esa familia sin hijos a la familia que tiene varios? O ¿cuánto mayor es el bienestar de ese país en que las personas trabajan 38 horas a la semana y no 45, y tienen 4 semanas de vacaciones al año y no 2? Ciertamente es poco bienestar tener un ingreso alto pero no contar con el tiempo para disfrutarlo.

Y, para hablar de nuestro Chile y su desarrollo, si en el año 2025 alcanzáramos el PIB per cápita de un país medio europeo, como España, - cosa que es factible, ¿seremos desarrollados? La respuesta depende de nuestra muy desigual distribución de ingresos. En efecto, es posible que en el 2025 el promedio de los chilenos alcancen un nivel de vida igual al de los españoles. Sin embargo, si nuestra desigualdad de ingreso permaneciera el doble de Europa, como es en la actualidad, el tercio más modesto de los chilenos tendría un nivel de vida bastante por debajo del tercio más modesto de los españoles. Como desarrollo implica que la gran mayoría de los chilenos alcancen el nivel de vida de un país desarrollado, no basta con tener un ingreso per cápita igual, si la desigualdad es el doble.

Un último ejemplo. El PIB per cápita mide como bienes muchas cosas que son males; por ejemplo, el gasto en armamento y alarmas contra robo. Y no incluye como costo, cosas que empeoran de verdad nuestro nivel de vida, como son la congestión y la polución. Medir nuestro bienestar requiere, pues, corregir el PIB per cápita por este tipo de error.

En síntesis, tal como una fiebre indica enfermedad, pero falta de fiebre no significa necesariamente salud, un bajo ingreso per cápita significa insatisfacción material básica, pero un ingreso más alto no necesariamente significa bienestar. Tal vez si tuviera que usar un indicador único para medir salud ocuparía el tener o no fiebre, mas salud implica estar bien en un sin número de indicadores adicionales. Sucede lo mismo con el PIB per cápita. Es el mejor indicador único de bienestar material, pero es muy incompleto, por lo que bienestar debe medirse por un conjunto mucho más amplio de indicadores.

2º Interfaz: La paradoja valórica del mercado

El mercado requiere de ética para su funcionamiento – honestidad, confianza, buena voluntad. A título ilustrativo, piensen en el epicentro de la economía capitalista, la Bolsa. Su operación sería imposible si toda transacción tuviera que hacerse por contrato y firma frente a notario. En efecto, gran parte de las transacciones económicas se hacen sin contrato. Asimismo, los contratos que sí se hacen suelen hacerse sin prever todas las contingencias. Por un lado, es imposible preverlas todas. Por otro lado, de intentarlo, se haría tan engorroso redactar un contrato con cláusulas explícitas para toda contingencia, que se frenaría la mayor parte de la actividad económica, - entre otras cosas, por dudar de la buena voluntad del otro que exigiera tantas cláusulas! De hecho la judicialización de mucha de la actividad económica en EEUU está teniendo un alto costo en competitividad frente a sociedades menos legalistas, donde rige la confianza, como Japón.

Esto en cuánto a la microeconomía. Mas los valores son decisivos también en la macroeconomía. De hecho una de las explicaciones clásicas del desarrollo de Europa, la de Max Weber, es una explicación sobre la base de valores – de esfuerzo, responsabilidad, honestidad, frugalidad y ahorro – lo que él denominó la “ética Protestante”. Quien dudaría que una economía de mercado pero con la ética de trabajo del “hippie”, la falta de austeridad del “yuppie” y la moral del “yo ista” (me first”) estaría condenada al subdesarrollo así como fueron las sociedades con la ética de trabajo del caballero y de consumo conspicuo del aristócrata.

La ética, pues, no es tanto un freno a la economía como un aliciente. Un problema, sin embargo, es que la economía de mercado no sólo usufructúa de la ética social, si no que la puede corroer. En efecto, la persecución sistemática del provecho propio como principio de comportamiento social corroe y eventualmente socava el capital moral necesario para su propio funcionamiento. Y aunque no se exceda en oportunismo, engaño y trampa, ¿cómo contener la persecución del interés propio a la esfera económica, mientras se cultiva solidaridad en la esfera pública y altruismo y amor en la esfera personal/afectiva?

Dicho de otro modo la economía consume la ética o capital social de una sociedad, pero no contribuye a la generación y mantención de la misma, con lo que a la postre socava sus propios cimientos.

3er Interfaz: El ámbito principal del mercado es lo intercambiable Pero ¿existen o deberían existir límites a lo intercambiable?

En primer lugar, no todo es intercambiable. Por ejemplo, el cariño no se compra. Pretender comprar o transarlo es conseguir otra cosa, prostitución, pero no amor.

En segundo lugar, muchas veces en el intento de pasar un bien o servicio a la esfera de intercambio se desvaloriza el bien.

Un primer ejemplo ilustra este punto. Una sala cuna en Israel tenía el problema de que 10% de los padres solía llegar tarde a recoger sus hijos, lo que obligaba a algunas tías quedarse por una jornada más larga a la anticipada. Por tanto, para poner coto al atraso decidieron multar cada atraso en \$10.000. El resultado inesperado es que el atraso se triplicó, a 30%. En efecto, los padres ya no sentían la sanción moral por abusar de las tías con un atraso, si no que la multa era el precio que se pagaba por el servicio de extender la jornada de las tías.

Un segundo ejemplo. En el intento de conseguir más sangre, sobre todo de los tipos que escaseaban, se comenzó a pagar por la sangre. El efecto no deseado fue que las donaciones voluntarias de sangre cayeron bruscamente. Lo que se hacía para salvar vida, que no tenía precio, ahora tenía precio, por lo que las donaciones voluntarias se vinieron abajo.

Tercero, aún cuando no se desvalorize el bien a intercambiarse, ¿deberá permitirse todo intercambio entre adultos con libre consentimiento? Es mi convicción que la economía no tiene los recursos propios para contestar esta pregunta. Inclusive las dos condiciones, que sean intercambios entre adultos y con libre consentimiento no provienen de la economía si no de la ética.

Por ejemplo, no es un tema teórico, si no práctico, ¿si se debería permitir el trabajo infantil, con tal que los padres lo autorizen? De hecho la OIT estima que 13% de los niños menores a 12 años en el mundo (110 millones) trabaja.

O, ¿debería permitirse la compra-venta de órganos? ¿Basta para que haya una transacción socialmente provechosa, que una persona prefiera US\$ 10.000 a 2 riñones, por tanto esté dispuesto a vender uno por ese precio, y otro prefiera un buen riñón a US\$ 10.000 por lo que compre ello? Todos celebramos la donación voluntaria. Pero ¿permitiríamos un mercado abierto en órganos? La economía sin más diría que, como ambos se consideran beneficiados según sus propios criterios, frenar este intercambio es reducir la "utilidad social". En cambio, uno se pregunta ¿cuántas de estas personas venderían su riñón si tuvieran un nivel de ingreso decente? ¿No será que este es un intercambio "desesperado", por lo tanto no realmente libre, como cuando me das la alternativa de recibir un balazo o saltar de un buque en alta mar? La economía sencillamente no tiene los recursos para decidir si debe haber algún límite a lo intercambiable o si este intercambio es realmente libre.

O ¿debería permitirse el "arriendo de vientres" para gestar el espermio y óvulo de una pareja que no puede tener hijos? De nuevo, la mujer que ofrezca su vientre para gestar al hijo de otros merece toda nuestra estima. Pero la que lo hace por dinero, ¿es explotada? ¿es otro intercambio desesperado? o ¿viola su propia dignidad? Y surgen interrogantes ¿de quien es de "verdad" la guagua (en caso de que la madre postiza decida querer quedarse con la guagua)? Algunas cortes de EEUU consideran que es la madre que dio el óvulo y no la madre en cuyo vientre se gestó la guagua. Otras cortes en EEUU han fallado al revés. Es un verdadero caos, o limbo, legal.

Una vez más, no es la economía la que tiene los recursos para fijar los límites de lo intercambiable, si no la ética. De hecho, no fue la economía la que prohibió "contratos de venta o arriendo de largo plazo de mano de obra", si no la convicción moral que ello conducía a la esclavitud y así fue excluido por considerarse un intercambio desesperado.

4º Interfaz: Competencia vs. cooperación

Indudablemente, la competencia es un instrumento formidable de organización social. Es un gran hallazgo el de Adan Smith, con su metáfora de la mano invisible, que muestra como seres "caídos" como nosotros, inclusive egoístas puros, solo buscando su provecho propio, pueden, a través de la competencia, producir un bien social – que es la satisfacción de necesidades materiales.

Mas, no siempre la búsqueda del provecho propio conduce a un bien social. Pues a veces corresponde no la metáfora de la mano invisible si no la metáfora del "semáforo quemado". Me explico. Imagínense en su auto en la mañana bajando por Providencia y llegando a Vicuña MacKenna, y, de repente, se quema el semáforo de Plaza Italia. Cada auto, intentando cruzar, lo único que logra es agravar la situación para todos, incluyéndose a sí mismo. Inclusive, observemos lo que ocurre si viniera una monjita manejando. Respetuosa del prójimo ella decide dejar pasar los primeros 10 autos del otro lado antes de cruzar ella. Al pasar el décimo auto, ella

tratar de cruzar, pero el undécimo auto del otro lado también intenta pasar, pues desconoce cualquier pacto de dejar pasar 10 autos por lado. Al poco rato de esto podemos estar seguros que la monjita estará enfurecida como un energúmeno y estará tratando de abrirse paso para pasar, como todos los demás. La competencia, la persecución del provecho propio por todos, simplemente empeora aún más la situación para todos, no la soluciona. Ha habido una falla de coordinación. Ahí se necesita la mano del coordinador (un carabiniero o buen ciudadano) que deje pasar 20 autos de un lado y después 20 del otro. La competencia aquí agrava en lugar de aliviar la situación.

Son muchas las situaciones en la economía cuando se necesita la cooperación y no sólo la competencia. En el ámbito macroeconómico, pensemos en la crisis internacional recién en Chile. La razón principal por la recesión y el aumento en el desempleo es que los chilenos recortaron fuertemente sus gastos. Y los recortaron, no tanto porque cayeron sus ingresos, si no porque era imposible ver noticias tan alarmantes del exterior sin asustarse y decidir recortar gastos por sí acaso. Mas esta prudencia individual cuando se multiplica por 17 millones de chilenos produce la recesión que tanto se temía. Impedir esto requiere de una acción contra cíclica del gobierno (el coordinador) para inducir mayor gasto. Así, para estimular el gasto, se redujeron los impuestos y se elevó el gasto fiscal. Lo que era locura para cada individuo por sí solo (gastar más) tenía sentido para el colectivo. En este punto se funda la esencia del rol contra cíclico de la política macroeconómica.

La cooperación es también central en la microeconomía, no sólo la competencia. Al interior de la empresa se organiza la producción no por contratos de compra/venta de servicios si no por coordinación y cooperación. Se compete hacia fuera de la empresa pero se coopera hacia adentro. Y es esa cooperación la fuente de las mejoras en productividad, eficiencia y calidad en la economía.

La competencia es un poderoso instrumento de organización social para sociedades compuestas inclusive de egoístas. Pero al sobre enfatizar la competencia y la metáfora de la mano invisible, se descuida de la cooperación, un instrumento igualmente poderoso de organización social. Y el buen funcionamiento de la cooperación requiere no de comportamientos egoístas, si no de valores como la confianza, la honestidad, la autodisciplina, la responsabilidad, sentido de justicia, etc.

5º Interfaz: El homo economicus: ¿es sólo o principalmente movido por intereses económicos (monetarios)?

Que duda cabe que si uno está decidiendo si jubilarse con un retiro programado o con una renta vitalicia que la principal consideración será cuál renta más. Sin embargo, no todas las decisiones son así. Solo a título de ejemplo, si uno quisiera predecir cuántos hijos va a tener una pareja, se equivocaría del todo si considerase que la decisión fuera ese número que maximizara el ingreso familiar per cápita. En efecto, normalmente se maximizaría el ingreso familiar per cápita con ambos trabajando y sin hijos. Mas observamos que la gran mayoría de las parejas tienen varios hijos, lo que francamente disminuye su ingreso familiar per cápita. La motivación principal en este caso no es monetaria (de hecho, empeora el nivel medio de vida familiar), sino afectiva.

Asimismo, si bien todos desean un ingreso "decente", no se explicaría que hubiera jóvenes que opten por carreras relativamente mal pagadas, como periodismo, arquitectura, sociología, arte, trabajo social o pedagogía si la consideración principal fuera la monetaria. La autorrealización es un factor clave en esta decisión, tanto o más que las consideraciones monetarias. Asimismo, en el caso de las mujeres, resulta consideración clave en la elección de carrera y trabajo la posibilidad de tener un trabajo que admita de una jornada parcial o de una participación intermitente, para poder conciliarlo con su deseo de tener familia (un factor obviamente no monetario).

Aparte de estos macro ejemplos, hay ejemplos experimentales así como reales que muestran que si bien hay egoístas puros (y todos tenemos algo de egoísta), la mayoría de nosotros 1) somos movidos por un sentido de justicia y no sólo por provecho propio y 2) estamos dispuestos a ser nuestra parte si los demás hacen la suya. Ambas consideraciones están en abierta contradicción con la lógica egoísta, característico del supuesto "homo economicus".

Por ejemplo, innumerable experimentos con el juego del "ultimátum" muestran que las personas no se mueven solo o principalmente por motivos egoístas.

En este primer ejercicio se les presenta a dos desconocidos la siguiente opción. Se les dará \$100.000 bajo la siguiente condición. La persona A le propone a la persona B como se ha de repartir ese dinero, si 90.000 – 10.000, 80.000-20.000, ... 50.000-50.000. Si B acepta ambos se quedan con los \$100.000 según la repartición propuesta y aceptada. En cambio si B rechaza la propuesta ambos se quedan con \$0. No se permite discusión o negociación. Si bien no hay respuesta correcta, típicamente reparticiones menores a 70-30 son rechazadas. Esto es en total violación del presupuesto del homo economicus, pues este debería ofrecer una división 99.000-1.000 en anticipación que B la acepte, pues B o se queda con \$1.000 (si acepta) o se queda sin nada (si rechaza la división).

Como \$1.000 es más que \$0, B debería aceptar la división de 99-1. Sin embargo, no es así. En los experimentos la gran mayoría de los B rechazan ofertas de menos de 70-30 pues consideran que ha sido una división injusta. Pese a que se quedarán sin nada, de este modo sancionan al que consideran injusto, ya que el otro también se quedará sin nada. El que muchos A ofrezcan 50-50 ó 60-40 se debe o a que ellos mismos quisieran ser justos o porque creen que mucha gente tiene un sentido de la justicia que quedaría ofendida si se les ofrece menos.

Confirma esta interpretación una variación del juego anterior. Ahora A no decide que división hacer, si no que saca un número de una computadora que le dice que división proponer. En este caso, los B están mucho más dispuestos a aceptar reparticiones bien desiguales, pues la repartición desigual no es “culpa” del otro si no que fue pura suerte.

Déjeme darles un ejemplo importante de la vida real. Hace unos años me tocó asistir a una conferencia latinoamericana de empresarios en que se discutían las relaciones laborales. Un dirigente empresarial chileno indicó que en su opinión el Plan Laboral de 1981 de José Piñera le merecía una nota 7 desde el punto de vista técnico. En cambio, el Plan Laboral aprobado por el gobierno de Aylwin le merecía una nota 5. No bastante, sumando y restando él consideraba mejor el Plan Laboral de Aylwin puesto que los trabajadores consideraban que los había consultado y tomado en cuenta, por tanto era justo, mientras que el de Piñera les fue impuesto. En efecto, - ninguna sorpresa para nadie – a diferencia de una maquina, un trabajador rinde no sólo según el salario que recibe si no cuán justamente es tratado. Todo esto muestra la importancia del sentido de justicia en la economía.

En un segundo conjunto de experimentos se confirma que la mayoría de la gente está predispuesta a colaborar si los demás hacen su parte.

Por ejemplo, en el “juego de bien público” se le da \$10.000 a cada uno de 4 participantes, quienes no se conocen entre sí y no se volverán a ver. Se les indica que por cada \$1.000 que se coloca en el pozo común, el observador doblará el monto en el pozo. De ahí que si, por ejemplo, cada uno deposita \$5.000, el pozo llega a \$20.000 más los \$20.000 adicionales que el observador pone. Ahí se reparte el pozo por igual, con lo que cada uno termina recibiendo \$10.000, como su parte del pozo, que, sumado a lo que tenía, hace que tengan \$15.000 cada uno en lugar de los \$10.000 con que partieron. Por cierto, aún mejor para uno es que los demás depositen \$5.000 en el pozo y uno no ponga nada. Pues así el pozo llega a \$15.000 que doblado es \$30.000. Cada uno recibe \$7.500. Por tanto, los que depositaron \$5.000 terminan al final con \$12.500 (los \$7.500 más los 5.000 con que se quedaron), mientras que el que no depositó nada se queda con el máximo, \$17.500: \$7.500 como su parte del pozo más los \$10.000 con que se quedó. De ahí que conviene que los demás pongan y uno no.

En efecto, es mejor para todos que todos pongan; pero es aún mejor para uno que los demás pongan y uno no. El homo economicus, egoísta por naturaleza, aportará nada al pozo, ansiando que los demás pongan. Sin embargo, si todos actúan así, nadie sacará nada. De hecho, en los experimentos realizados típicamente se observa que, a diferencia del egoísta que coloca \$0, la mayoría de las personas coloca una cifra del orden de \$5.000 (no apuestan todo, pues saben que hay vivos en el mundo, pero aportan bastante, pues quieren hacer su parte). Esto muestra que hay una predisposición a cooperar; y además se cree que los demás van a hacer su parte.

En el mundo real se observa esto en muchas situaciones. Por ejemplo, en una época yo les mostraba a amigos extranjeros el centro de Santiago. Cuando íbamos por Paseo Ahumada ellos consideraban que los chilenos eran chanchos pues la calle estaba llena de papeles, puchos y restos de comida. Entonces los llevaba a la estación del metro de la Universidad de Chile. Cual era su sorpresa cuando veían lo limpio que era. Entonces me decían que los chilenos eran “suizos”. ¿Qué convertía a los “suizos del metro en los “chanchos” de Paseo Ahumada? Obviamente que si uno ve muchos papeles en la calle (como en el Paseo Ahumada) ¿qué tanto importa un papel más? En cambio, como el Metro se mantiene limpio (siempre tiene que haber alguien para los 5% verdaderamente chanchos), el 95% de nosotros no bota su papel en la estación. Estamos dispuestos a hacer nuestra parte si los demás hacen la suya.

Este ejemplo pedestre tiene importantes analogías en la vida económica. Por ejemplo, si uno cree que la mayoría de la gente cumple con pagar sus impuestos, entonces uno está más dispuesto a pagar su parte y no evadir. En cambio, si uno está en una sociedad donde la mayoría evade, y mucho, tal vez como Argentina, uno – aunque honesto – se sentiría estúpido si pagara su parte. Por lo tanto también evade, con lo que se genera un círculo vicioso y el problema se agrava.

A la inversa, muchas personas están dispuestas a hacer su parte con tal que los demás hagan la suya. Por ejemplo, probablemente sólo una minoría heroica estaría dispuesta a donar 5% de sus ingresos en forma voluntaria para reducir la pobreza. Sin embargo, con tal de así poner fin a la pobreza, tal vez una mayoría sí estarían dispuestos a apoyar una ley que grave sus ingresos en 5% con tal que grave de la misma forma el ingreso de los demás para así cumplir este importante objetivo social. El punto es que no sólo hay egoístas y heroicos en la sociedad. Buena parte de las personas, y tal vez, la mayoría, son “cooperadores condicionales”, dispuestos a hacer

su parte con tal que los demás hagan la suya.

O sea, la economía convencional se equivoca cuando supone que todos actúan exclusivamente movidos por su provecho propio, sin consideraciones de justicia. No seremos Madre Teresas o Padre Hurtados, pero la mayoría de nosotros está dispuesta a hacer su parte si los demás hacen la suya. Por lo que la política pública debe diseñarse para despertar este tipo de colaboración y no ignorarla.

6º Interfaz: La política económica o economía aplicada

Típicamente en cualquier asunto económico hay opciones. Raras veces hay sólo un curso de acción, con lo que las consecuencias son inevitables. Donde hay opción, por definición, entran consideraciones valóricas y no solo monetarias para dirimir qué curso de acción tomar. Por el contrario, es tan raro que no haya opción que habría que sospechar si un Ministro de Hacienda, por ejemplo, insistiera que algún curso de acción fuera inevitable. Más probablemente pretende imponer su juicio valórico tácito.

Por ejemplo, encuentro comprensible el deseo de nuestro Ministro de Hacienda, Felipe Larraín, de crear una Comisión Técnica para la determinación del salario mínimo. Mas, considero iluso creer que se vaya a despolitizar así el tema. Es cierto, que los técnicos tal vez pueden concordar en cuánto sería el efecto sobre el empleo de distintos aumentos en el salario mínimo. Pero esto de por sí no resuelve cual es la mejor combinación de aumento salarial y aumento de desempleo. Está última decisión es eminentemente valórica, no técnica. Por ejemplo, puede que los técnicos concuerden que el subir el mínimo a \$210.000 en lugar de \$205.000 cueste 5.000 empleos. Pero no es una decisión técnica si no valórica y política decidir si \$210.000 (para medio millón de personas afectas al mínimo) y 145.000 nuevos empleos es mejor o inferior a \$205.000 y 150.000 empleos.

Por lo tanto, en la política económica suelen haber opciones, por lo que no basta el criterio técnico-económico para elegir entre ellas, si no la decisión de cuál es mejor necesariamente requiere de un juicio valórico relativo de las opciones. O sea, el juicio ético es intrínseco a toda la política económica.

Conclusión

En conclusión, no es el propósito de este trabajo negar el importante contenido técnico de la economía. Sin embargo, advierto el peligro de que muchos en la profesión tendamos a exagerar el carácter aséptico y técnico de la economía y a menospreciar, cuando no pasar por alto, el contenido valórico de la misma. En el mejor de los casos pecamos de ingenuidad. En el peor de los casos, de intento de encubrimiento.

Esta tendencia de pasar por alto lo valórico o relegarlo a notas a pie de la página se ha agravado por dos consideraciones adicionales. Primero, hay una tendencia reduccionista en la economía de tratar el bienestar social como si fuera idéntica a la simple suma de las utilidades individuales, como si estas fueran independientes entre sí. Pero este es un error, como ya hemos visto, pues nos importa mucho los demás y cómo nos va respecto ellos. Además, hay una reducción tácita de la utilidad individual al aspecto monetario, cuando, como hemos visto, nos importa mucho también que seamos tratados en forma justa.

En segundo lugar, la economía ha tendido a cierto "imperialismo". El éxito del aparataje económico, la posibilidad de medir y cuantificarlo, nos ha inducido a aplicar el mismo tipo de análisis a ámbitos aparentemente ajenos a la economía, como son el crimen, el matrimonio, la política, entre tantos campos más. No cabe duda que se enriquece el análisis cuando se incorporan intuiciones de varias disciplinas. Mas si la economía entra como "la" explicación fundamental, y esta entrada es de la economía en su forma más reduccionista, no es de extrañar que se nos vean como arrogantes e imperialistas.

El conjunto de estas tendencias – el pasar por alto lo valórico, el reduccionismo y cierto imperialismo disciplinario - explica, en mi opinión, gran parte de la incomunicación entre muchos economistas y teólogos, filósofos y otros cientistas sociales. Superarlo requiere de una mucho mayor conciencia de parte de los economistas de los múltiples interfaces entre la economía y lo valórico.